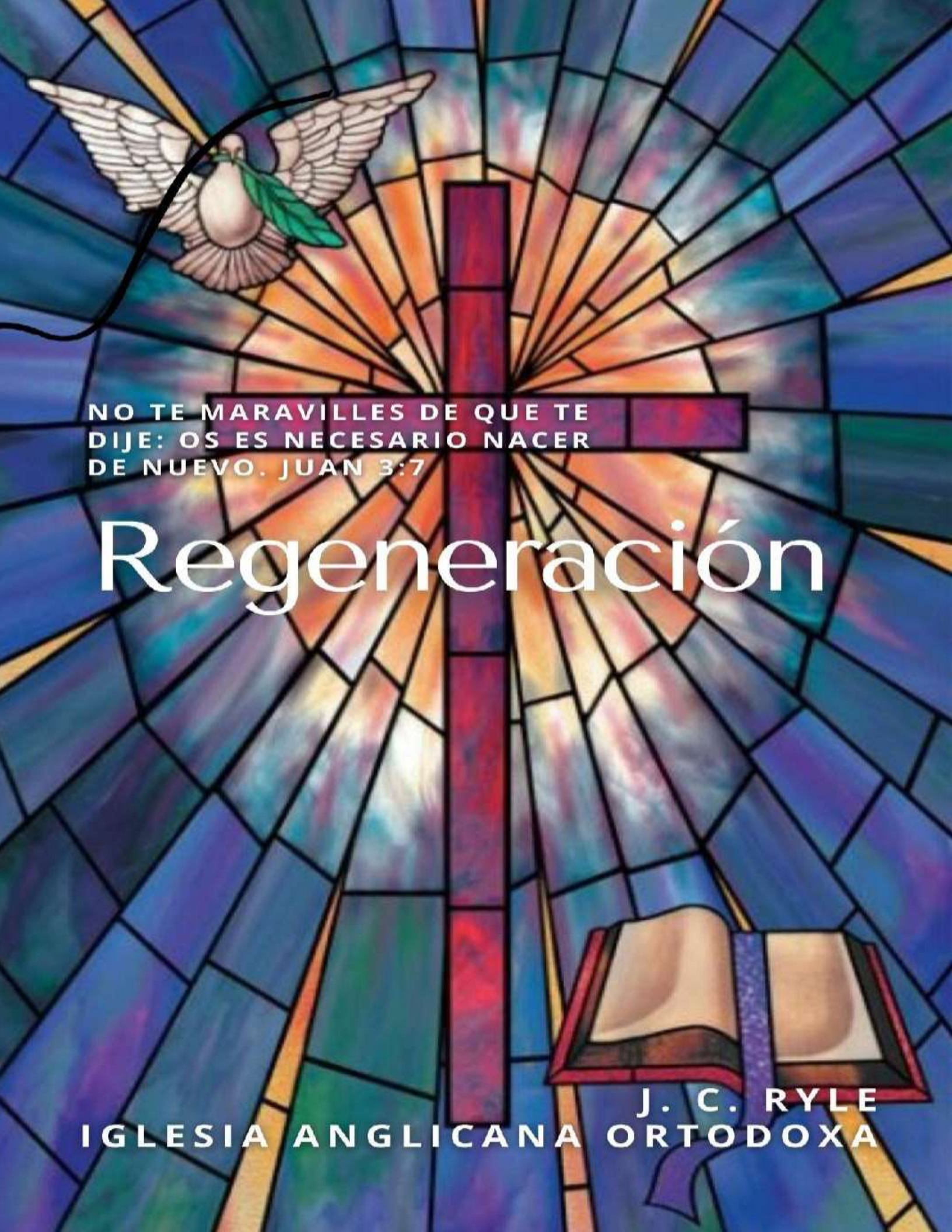




NO TE MARAVILLES DE QUE TE
DIJE: OS ES NECESARIO NACER
DE NUEVO. JUAN 3:7

Regeneración

J. C. RYLE
IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA

LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



REGENERACIÓN Por el Obispo J. C. Ryle

**Obispo Presidente Jerry L. Ogles
Traducción del Rev. José Antonio Rios
Anglican Orthodox Church
Statesville, North Carolina**

REGENERACIÓN

El tema de la Regeneración es uno de los más importantes en cualquier momento. Aquellas palabras de nuestro Señor Jesucristo a Nicodemo son muy solemnes: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3). El mundo ha pasado por muchos cambios desde que se pronunciaron esas palabras. Han pasado mil ochocientos años. Han surgido y caído imperios y reinos. Grandes hombres y sabios han vivido, trabajado, escrito y muerto. Pero la regla del Señor Jesús permanece inalterada y sin cambios. Y allí permanecerá, hasta que el cielo y la tierra pasen: " el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios".

Pero el tema es particularmente importante para los miembros de la Iglesia de Inglaterra en la actualidad. En los últimos años han sucedido cosas que han llamado especialmente la atención sobre él. Las mentes de los hombres están llenas de él, y los ojos de los hombres están fijos en él. La regeneración ha sido discutida en los periódicos. Se ha hablado de la regeneración en la sociedad privada. La regeneración ha sido discutida en los tribunales de justicia. Sin duda, es un momento en el que todo verdadero hombre de Iglesia debe examinarse a sí mismo sobre el tema, y asegurarse de que sus puntos de vista son sólidos. Es un momento en el que no debemos detenernos entre dos opiniones. Debemos tratar de saber lo que sostenemos. Debemos estar preparados para dar una razón de nuestra creencia. Cuando la verdad es asaltada, los que aman la verdad deberían aferrarse a ella con más firmeza que nunca.

Me propongo en este trabajo intentar tres cosas:

- I. En primer lugar, explicar lo que significa la Regeneración, o el nacer de nuevo.
- II. En segundo lugar, mostrar la necesidad de la Regeneración.
- III. En tercer lugar, señalar las marcas y evidencias de la Regeneración.

Si puedo aclarar estos tres puntos, creo que habré hecho un gran servicio a mis lectores.

I. Permítanme entonces, en primer lugar, explicar lo que significa la Regeneración, o el nacer de nuevo. Regeneración significa ese cambio de corazón y de naturaleza por el que pasa un hombre cuando se convierte en un verdadero cristiano.

Creo que no hay duda de que hay una inmensa diferencia entre los que profesan y se llaman a sí mismos cristianos. Más allá de toda discusión, siempre hay dos clases en la Iglesia externa: la clase de los que son cristianos sólo de nombre y de forma, y la clase de los que son cristianos de hecho y de verdad. No todos los que se llamaban Israel eran Israel, y no todos los que se llaman cristianos son cristianos.

"En la Iglesia visible", dice un artículo de la Iglesia de Inglaterra, "los malos están siempre mezclados con los buenos".

Algunos, como dicen los Treinta y Nueve Artículos, son "perversos y vacíos de una fe viva"; otros, como dice otro Artículo, "están hechos como la imagen del Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, y caminan religiosamente en buenas obras." Algunos adoran a Dios como una mera forma, y otros en espíritu y en verdad. Algunos dan sus corazones a Dios, y otros los dan al mundo. Algunos creen en la Biblia, y viven como si la creyeran, otros no. Algunos sienten sus pecados y se lamentan por ellos, otros no. Algunos aman a Cristo, confían en Él y le sirven, otros no. En resumen, como dice la Escritura, algunos caminan por el camino estrecho, otros por el ancho; algunos son los peces buenos de la red del evangelio, otros son los malos; algunos son el trigo en el campo de Cristo, y otros son la cizaña.

Creo que ningún hombre con los ojos abiertos puede dejar de ver todo esto, tanto en la Biblia, como en el mundo que le rodea. Independientemente de lo que piense sobre el tema que estoy escribiendo, no puede negar que esta diferencia existe.

Ahora, ¿Cuál es la explicación de la diferencia? Respondo sin vacilar: la Regeneración, o el nacer de nuevo. Respondo que los verdaderos cristianos son lo que son, porque son regenerados, y los cristianos formales son lo que son, porque no son regenerados. El corazón del cristiano de hecho ha sido cambiado. El corazón del cristiano sólo de nombre, no ha sido cambiado. El cambio de corazón hace toda la diferencia. Este cambio de corazón se habla continuamente en la Biblia, bajo varios emblemas y figuras.

Ezequiel lo llama "quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne", "dar un corazón nuevo y poner en nosotros un espíritu nuevo" (Ezequiel 11:19, 36:26).

El apóstol Juan a veces lo llama "nacer de Dios" - a veces "nacer de nuevo" - a veces "nacer del Espíritu". (Juan 1:13, 3:3, 6)

El apóstol Pedro, en los Hechos, lo llama "arrepentirse y convertirse". (Hechos 3. 19)

"Hay dos clases de hombres. Hay algunos que no están justificados, ni regenerados, ni aún en estado de salvación; es decir, no son siervos de Dios. Les falta la renovación o regeneración; no han venido todavía a Cristo". - Sermones del Obispo Latimer, 1552.

El lector no debe suponer que hay algo nuevo o moderno en esta declaración. Sería un trabajo interminable citar pasajes de los divinos estándares de la Iglesia de Inglaterra, en los que las palabras "regenerado" y "no regenerado" se utilizan para

describir la diferencia de la que he estado hablando. A los miembros piadosos y santos de la Iglesia se les llama "los regenerados"; a los mundanos e impíos, "los no regenerados". Creo que nadie, bien instruido en la divinidad inglesa, puede cuestionar esto por un momento.

La Epístola a los Romanos habla de ello como un "estar vivo de entre los muertos". (Rom. 6:13) La segunda Epístola a los Corintios lo llama "ser una nueva criatura: las cosas viejas han pasado, y todas son nuevas" (2 Cor. 5:17).

La Epístola a los Efesios habla de ella como una resurrección junto con Cristo: "Os ha dado vida a vosotros, que estabais muertos en delitos y pecados" (Ef. 2:1); como "despojándonos del viejo hombre, que está corrompido - renovándonos en el espíritu de nuestra mente - y vistiéndonos del nuevo hombre, que según Dios ha sido creado en justicia y verdadera santidad" (Ef. 4:22, 24).

La Epístola a los Colosenses lo llama "despojarse del viejo hombre con sus obras, y revestirse del nuevo, que se renueva en el conocimiento según la imagen del que lo creó" (Col. 3:9, 10).

La Epístola a Tito la llama "el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo" (Tito 3:5).

La primera epístola de Pedro habla de ella como "un ser llamado de las tinieblas a la luz maravillosa de Dios" (1 Pedro 2:9). Y la segunda Epístola, como "ser hechos partícipes de la naturaleza divina" (2 Pedro 1:4).

La primera Epístola de Juan lo llama "un paso de la muerte a la vida" (1 Juan 3:14).

Todas estas expresiones vienen a ser lo mismo al final. Todas son la misma verdad, sólo que vista desde diferentes lados. Y todas tienen un mismo significado. Describen un gran cambio radical de corazón y naturaleza - una alteración y transformación completa del hombre interior - una participación en la vida de resurrección de Cristo; o, tomando prestadas las palabras del Catecismo de la Iglesia de Inglaterra, "Una muerte para el pecado, y un nuevo nacimiento para la justicia".

"Todas estas expresiones exponen la misma obra de la gracia en el corazón, aunque pueden entenderse bajo nociones diferentes" - (Obispo Hopkins).

Este cambio de corazón en un verdadero cristiano es minucioso y completo, tan completo, que no se podría elegir una palabra más adecuada para expresarlo que la palabra "Regeneración" o "nuevo nacimiento". Sin duda, no se trata de una alteración externa y corporal, pero indudablemente es una alteración completa del hombre interior. No añade nuevas facultades a la mente de un hombre, pero

ciertamente da una inclinación y un sesgo completamente nuevos a todas sus antiguas facultades. Su voluntad es tan nueva, sus gustos tan nuevos, sus opiniones tan nuevas, sus puntos de vista sobre el pecado, el mundo, la Biblia y Cristo tan nuevos, que es, a todos los efectos, un hombre nuevo. El cambio parece traer a la existencia un nuevo ser. Bien puede llamarse "nacer de nuevo".

Este cambio no siempre se da a los creyentes en el mismo momento de sus vidas. Algunos nacen de nuevo cuando son bebés, y parecen, como Jeremías y Juan el Bautista, llenos del Espíritu Santo incluso desde el vientre de su madre. Algunos pocos nacen de nuevo en la vejez. La gran mayoría de los verdaderos cristianos probablemente nacen de nuevo después de crecer. Una gran multitud de personas, es de temer, bajan a la tumba sin haber nacido de nuevo en absoluto.

Este cambio de corazón no siempre comienza de la misma manera en aquellos que pasan por él después de haber crecido. Con algunos, como el apóstol Pablo y el carcelero de Filipos, es un cambio repentino y violento, acompañado de mucha angustia mental. Con otros, como Lidia de Tiatira, es más suave y gradual, su invierno se convierte en primavera casi sin saber cómo. En algunos, el cambio se produce por la acción del Espíritu a través de aflicciones o visitas providenciales. Con otros, y probablemente el mayor número de verdaderos cristianos, la Palabra de Dios predicada o escrita, es el medio para efectuarlo.

La predicación de la Palabra es el gran medio que Dios ha designado para la Regeneración: "la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Rom. 10:17).

Este cambio es uno que sólo puede ser conocido y discernido por sus efectos. Sus comienzos son algo oculto y secreto. No podemos verlos. Nuestro Señor Jesucristo nos lo dice muy claramente: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Juan 3:8). ¿Podríamos saber si estamos regenerados? Debemos probar la pregunta, examinando lo que sabemos de los efectos de la Regeneración. Esos efectos son siempre los mismos. Los caminos por los que los verdaderos cristianos son conducidos, al pasar por su gran cambio, son ciertamente varios. Pero el estado del corazón y del alma al que son llevados al final, es siempre el mismo. Pregúnteles lo que piensan del pecado, de Cristo, de la santidad, del mundo, de la Biblia y de la oración, y los encontrará a todos de la misma opinión.

Este cambio es algo que ningún hombre puede darse a sí mismo, ni tampoco a otro. Sería tan razonable esperar que los muertos se levantaran por sí mismos, o exigir a un artista que diera vida a una estatua de mármol. Los hijos de Dios nacen "no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de hombre, sino de Dios" (Juan 1:13). A veces el cambio se atribuye a Dios Padre: "el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva" (1 Pedro 1:3). A veces, se atribuye a Dios el Hijo: "el Hijo a los

que quiere da vida" (Juan 5:21). "Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de Él" (1 Juan 2:29). A veces, se atribuye al Espíritu - y Él, de hecho, es el gran agente por el que siempre se efectúa: "Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Juan 3:6). Pero el hombre no tiene poder para obrar el cambio. Es algo que está muy, muy lejos de su alcance. "La condición del hombre después de la caída de Adán", dice el décimo artículo de la Iglesia de Inglaterra, "es tal que no puede volverse y prepararse a sí mismo, por su propia fuerza natural y buenas obras, a la fe y a la invocación de Dios". Ningún ministro en la tierra puede transmitir la gracia a cualquier persona de su congregación a su discreción. Puede predicar tan verdadera y fielmente como Pablo o Apolos; pero Dios debe "dar el crecimiento" (1 Corintios 3:6). Puede bautizar con agua en el nombre de la Trinidad; pero a menos que el Espíritu Santo acompañe y bendiga la ordenanza, no hay muerte para el pecado, ni nuevo nacimiento para la justicia. Sólo Jesús, el gran Jefe de la Iglesia, puede bautizar con el Espíritu Santo. Benditos y felices son los que tienen el bautismo interior, así como el exterior.

"El Génesis dice que insufló en sus fosas nasales el aliento de vida", pero cuando Dios crea de nuevo al hombre, le insufla en los oídos. Esta es la Palabra que resucita a los muertos, llamándolos de la tumba; esta es la Palabra que abre los ojos de los ciegos, que convierte los corazones de los desobedientes y rebeldes. Y aunque los hombres malvados y profanos se burlen de la predicación, y consideren que todas las palabras de los ministros, y también las palabras de Dios, no son más que viento, sin embargo, son un viento tal, créanlo, que es capaz de desgarrar las rocas y desgarrar las montañas; un viento tal que, si alguna vez se salvan, debe sacudir y derribar los cimientos de toda su confianza y presunción carnales. Por lo tanto, sean exhortados a apreciar más y a frecuentar más la predicación de la Palabra" - Obispo Hopkins. 1670.

Creo que el relato anterior de la regeneración es bíblico y correcto. Es un cambio de corazón.

"La Escritura dice que no más de lo que un niño puede engendrarse a sí mismo, o un hombre muerto revivirse a sí mismo, o una entidad no existente crearse a sí misma; no más que eso, puede cualquier hombre carnal regenerarse a sí mismo, u obrar la verdadera gracia salvadora en su propia alma" - Obispo Hopkins. 1670.

"Hay dos clases de bautismo, y ambos necesarios: es interior, que es la limpieza del corazón, la atracción del Padre, la operación del Espíritu Santo; y este bautismo está en el hombre cuando cree y confía en que Cristo es el único método de su salvación" - Obispo John Hooper. 1547.

"En todas partes se confiesa gustosamente que puede haber, en diversos casos, vida en virtud del bautismo interior, donde no se encuentra el exterior" - Richard Hooter.

"Hay un bautismo del Espíritu como del agua". - Obispo Jeremy Taylor. 1660.

La regeneración es la marca distintiva de un verdadero hombre cristiano, la compañera invariable de una fe justificadora en Cristo, la consecuencia inseparable de la unión vital con Él, y la raíz y el principio de la santificación interior. Pido a mis lectores que lo mediten bien antes de seguir adelante. Es de suma importancia que nuestros puntos de vista sean claros sobre este punto: ¿qué es realmente la regeneración?

Sé muy bien que muchos no permitirán que la Regeneración sea lo que he descrito. Pensarán que la declaración que he hecho, a modo de definición, es demasiado fuerte. Algunos sostienen que la Regeneración sólo significa la admisión en un estado de privilegios eclesiásticos, al ser hecho miembro de la Iglesia, pero no significa un cambio de corazón. Algunos dicen que un hombre regenerado tiene un cierto poder dentro de él que le permite arrepentirse y creer si lo considera oportuno, pero que todavía necesita un cambio adicional para convertirlo en un verdadero cristiano. Algunos dicen que hay una diferencia entre Regeneración y nacer de nuevo. Otros dicen que hay una diferencia entre nacer de nuevo y la conversión.

A todo esto tengo una simple respuesta, y es que no puedo encontrar tal Regeneración definida en estos términos en ninguna parte de la Biblia. Una Regeneración que sólo significa la admisión en un estado de privilegio eclesiástico puede ser antigua y primitiva por lo que sé. Pero se necesita algo más que esto. Se necesitan algunos textos claros de la Escritura; y estos textos aún no se han encontrado.

Tal noción de la Regeneración es totalmente inconsistente con la que San Juan nos da en su Primera Epístola. Hace necesario inventar la torpe teoría de que hay dos regeneraciones, y está así eminentemente calculada para confundir las mentes de la gente inculta, e introducir la falsa doctrina. Es una noción que parece no responder a la solemnidad con que nuestro Señor presenta el tema a Nicodemo. Cuando dijo: "En verdad, en verdad, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios", ¿sólo quiso decir que el hombre no fuera admitido a un estado de privilegio eclesiástico? Seguramente quiso decir más que esto. Una Regeneración así podría tener un hombre, como Simón el Mago, y sin embargo nunca ser salvado. Tal Regeneración podría no tenerla nunca, como el ladrón penitente, y sin embargo ver el reino de Dios. Seguramente se refería a un cambio de corazón. En cuanto a la noción de que hay alguna distinción entre ser regenerado y nacer de nuevo, es una noción que no soportará ser examinada. La opinión general de todos los que saben griego es que las dos expresiones significan una y la misma cosa.

Para mí, en efecto, parece haber mucha confusión de ideas, y falta de comprensión de forma indistinta en las mentes de los hombres sobre este simple punto: lo que realmente es la Regeneración. Podemos percatarnos que todo surge por no adherirse simplemente a la Palabra de Dios. Que un hombre es admitido en un estado de gran privilegio cuando es hecho miembro de una Iglesia pura de Cristo, no lo niego ni por un instante. Que está en una posición mucho mejor y más ventajosa para su alma, que si no perteneciera a la Iglesia, no lo pongo en duda. Puedo ver claramente que se abre una amplia puerta ante su alma, que no se abre ante el pobre pagano. Pero no veo que la Biblia llame a esto Regeneración. Y no puedo encontrar un solo texto en las Escrituras que justifique la suposición de que es así. Es muy importante en teología distinguir las cosas que difieren. Los privilegios eclesiásticos son una cosa; la Regeneración es otra. Yo, por mi parte, no me atrevo a confundirlos.

"La mezcla de aquellas cosas por medio del discurso, que por naturaleza están divididas, es la madre de todo error" - Hooker. 1595.

Soy muy consciente de que grandes y buenos hombres se han aferrado a ese bajo punto de vista de la Regeneración, al que he advertido. Pero cuando está en juego una doctrina del evangelio eterno, no puedo llamar a ningún hombre maestro. Las palabras del viejo filósofo nunca deben ser olvidadas: "Amo a Platón, amo a Sócrates, pero amo la verdad por encima de cualquiera de ellos". Digo sin vacilar que los que sostienen la opinión de que hay dos Regeneraciones, no pueden presentar ningún texto claro que lo pruebe. Creo firmemente que ningún lector de la Biblia encontraría este punto de vista por sí mismo; y eso me hace sospechar que es una idea inventada por el hombre. La única regeneración que puedo ver en las Escrituras no es un cambio de estado, sino un cambio de corazón. Ese es el punto de vista, afirmo una vez más, que adopta el Catecismo de la Iglesia cuando habla de la "muerte al pecado, y el nuevo nacimiento a la justicia"; y en ese punto de vista tomo mi posición.

Por ejemplo, el Obispo Davenant y el Obispo Hopkins frecuentemente hablan de una "regeneración sacramental" cuando están tratando el tema del bautismo, como algo completamente distinto de la regeneración espiritual. El tenor general de sus escritos es hablar de los piadosos como los regenerados, y de los impíos como los no regenerados. Pero, con todo el sentimiento de respeto por dos hombres tan buenos, la pregunta sigue siendo: ¿Qué garantía bíblica tenemos para decir que hay dos regeneraciones? Respondo sin vacilar: No tenemos ninguna.

La doctrina que tenemos ante nosotros es de vital importancia. No es un asunto de nombres, palabras y formas, sobre el que estoy escribiendo. Es algo que debemos sentir y conocer por experiencia, cada uno por sí mismo, si queremos ser salvos. Tratemos de conocerlo. No dejemos que el estruendo y el humo de la controversia desvíen nuestra atención de nuestros propios corazones. ¿Están nuestros corazones

cambiados? Ay, es un pobre trabajo discutir y argumentar y disputar acerca de la regeneración, si después de todo no sabemos nada acerca de ella en nuestro interior.

II. Permítanme mostrar, en segundo lugar, la necesidad de que seamos regenerados, o nacidos de nuevo.

Que hay tal necesidad está muy claro en las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el tercer capítulo del Evangelio de Juan. Nada puede ser más claro y positivo que su lenguaje a Nicodemo: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". "No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:3,7).

La razón de esta necesidad es la excesiva pecaminosidad y corrupción de nuestros corazones naturales. Las palabras de Pablo a los Corintios son literalmente exactas: "El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura" (1 Cor. 2:14). Así como los ríos fluyen hacia abajo, y las chispas vuelan hacia arriba, y las piedras caen al suelo, así el corazón del hombre se inclina naturalmente hacia lo que es malo. Amamos a los enemigos de nuestra alma, - nos disgustan los amigos de nuestra alma. Llamamos a lo bueno malo, y llamamos a lo malo bueno. Nos complacemos en la impiedad, no nos complacemos en Cristo. No sólo cometemos pecado, sino que también amamos el pecado. No sólo necesitamos ser limpiados de la culpa del pecado, sino que también necesitamos ser liberados de su poder. El tono natural, el sesgo y la corriente de nuestras mentes deben ser completamente alterados. La imagen de Dios, que el pecado ha borrado, debe ser restaurada. El desorden y la confusión que reinan en nuestro interior deben ser sofocados. Las primeras cosas deben dejar de ser las últimas, y las últimas, las primeras. El Espíritu debe dejar entrar la luz en nuestros corazones, poner todo en su lugar y crear todas las cosas nuevas.

Debe recordarse siempre que hay dos cosas distintas que el Señor Jesucristo hace por cada pecador que se compromete a salvar. Lo lava de sus pecados en su propia sangre, y le da un perdón gratuito: esta es su justificación. Pone el Espíritu Santo en su corazón, y lo convierte en un hombre completamente nuevo: esto es su regeneración.

Ambas cosas son absolutamente necesarias para la salvación. El cambio de corazón es tan necesario como el perdón; y el perdón es tan necesario como el cambio. Sin el perdón no tenemos derecho ni título al cielo. Sin el cambio, no estaríamos reunidos y listos para disfrutar del cielo, incluso si llegáramos allí.

Las dos cosas nunca están separadas. Nunca se encuentran separadas. Todo hombre justificado es también un hombre regenerado, y todo hombre regenerado es también un hombre justificado. "Cuando el Señor Jesucristo da a un hombre la

remisión de los pecados, también le da el arrepentimiento. Cuando Él concede la paz con Dios, también concede "el poder de llegar a ser un hijo de Dios". Hay dos grandes máximas permanentes del glorioso evangelio, que nunca deben ser olvidadas. Una es: "El que no crea se condenará". (Marcos 16:16) La otra es: "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Rom. 8:9).

El hombre que niega la necesidad universal de la Regeneración puede saber muy poco de la corrupción del corazón. Es realmente ciego quien cree que el perdón es todo lo que necesitamos para llegar al cielo, y no ve que el perdón sin un cambio de corazón sería un regalo inútil. Bendito sea Dios porque ambas cosas se nos ofrecen gratuitamente en el Evangelio de Cristo, y porque Jesús es capaz y está dispuesto a dar tanto lo uno como lo otro.

Seguramente debemos ser conscientes de que la gran mayoría de las personas en el mundo no ven nada, no sienten nada, y no saben nada, en la Religión como deberían. Cómo y por qué es esto, no es la cuestión actual. Sólo lo planteo a la conciencia de cada lector de este volumen: ¿No es un hecho?

Díganles lo pecaminoso de muchas cosas que están haciendo continuamente; y ¿Cuál es generalmente la respuesta? - "No ven ningún daño".

Háblales del terrible peligro en que se encuentran sus almas, de la brevedad del tiempo, de la proximidad de la eternidad, de la incertidumbre de la vida, de la realidad del juicio. No sienten ningún peligro.

Háblales de su necesidad de un Salvador, poderoso, amoroso y divino, y de la imposibilidad de ser salvados del infierno, excepto por la fe en Él. Todo esto cae en sus oídos. No ven una barrera tan grande entre ellos y el cielo.

Háblales de la santidad y del alto nivel de vida que exige la Biblia. No pueden comprender la necesidad de tal rigor. No ven la utilidad de ser tan buenos.

Hay miles y decenas de miles de personas así a nuestro lado. Oirán estas cosas toda su vida. Incluso asistirán al ministerio de los predicadores más impactantes, y escucharán los más poderosos llamados a sus conciencias. Y, sin embargo, cuando se les visita en su lecho de muerte, son como hombres y mujeres que nunca han oído estas cosas. No saben nada de las principales doctrinas del Evangelio por experiencia. No pueden dar ninguna razón de su propia esperanza.

¿Y por qué y para qué es todo esto? ¿Cuál es la explicación? - ¿Cuál es la causa de tal estado de cosas? Todo proviene de esto: que el hombre naturalmente no tiene sentido de las cosas espirituales. En vano el sol de la justicia brilla ante él, los ojos de su alma están ciegos y no pueden ver. En vano la música de las invitaciones de Cristo suena a su alrededor, los oídos de su alma son sordos y no pueden oírla. En

vano se expone la ira de Dios contra el pecado, las percepciones de su alma están detenidas - como el viajero dormido, no percibe la tormenta que se avecina. En vano se le ofrece el pan y el agua de la vida, su alma no tiene hambre del uno, ni sed del otro. En vano se le aconseja que huya al Gran Médico, su alma es inconsciente de su enfermedad, ¿por qué habría de ir? En vano se le suple recursos en la mano para comprar sabiduría, la mente de su alma divaga - es como el lunático, que llama corona a las pajas, y diamantes al polvo; dice: "Soy rico, y me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada". ¡Ay! nada tan triste como la corrupción total de nuestra naturaleza. No hay nada tan doloroso como la anatomía de un alma muerta.

Ahora, ¿qué necesita un hombre así? Necesita nacer de nuevo, y ser una nueva criatura. Necesita despojarse completamente del viejo hombre, y ponerse completamente el nuevo. No vivimos nuestra vida natural hasta que nacemos en el mundo, y no vivimos nuestra vida espiritual aquí hasta que nacemos del Espíritu.

Pero, además, debemos ser conscientes de que la inmensa mayoría de las personas son totalmente incapaces de disfrutar del cielo en su estado actual. Lo afirmo como un gran hecho. ¿No es así?

Mirad las masas de hombres y mujeres reunidas en nuestras ciudades y pueblos, y observadlas bien. Todos son criaturas moribundas -todos seres inmortales-, todos van al tribunal de Cristo, todos están seguros de que han vivir para siempre en el cielo o en el infierno. Pero, ¿Dónde está la más mínima evidencia de que la mayoría de ellos están en el menor grado aptos y listos para el cielo?

Miren a la mayor parte de los que se llaman cristianos, en todas partes de la tierra. Tomen cualquier parroquia de la ciudad o del campo. Toma la que mejor conozcas. ¿Cuáles son los gustos y placeres de la mayoría de las personas que viven allí? ¿Qué es lo que más les gusta cuando pueden elegir? ¿Qué es lo que más disfrutan cuando pueden salirse con la suya? Observa cómo pasan los domingos. Fíjate en el poco placer que parecen sentir por la Biblia y la oración. Fíjate en las nociones bajas y terrenales del placer y la felicidad que prevalecen en todas partes, entre jóvenes y viejos, entre ricos y pobres. Fíjate bien en estas cosas, y luego piensa en silencio en esta pregunta: "¿Qué harían estas personas en el cielo?"

Usted y yo, puede decirse, sabemos poco sobre el cielo. Nuestras nociones del cielo pueden ser muy tenues e indistintas. Pero, en cualquier caso, supongo que estamos de acuerdo en pensar que el cielo es un lugar muy sagrado, que Dios está allí, y que Cristo está allí, y que los santos y los ángeles están allí, que el pecado no está allí en ninguna forma, y que no se dice, piensa o hace nada que no le guste a Dios. Si se acepta esto, creo que no hay duda de que la gran mayoría de las personas que nos rodean son tan poco aptas para el cielo como un pájaro para nadar bajo el mar o un pez para vivir en tierra firme.

¿Y qué es lo que necesitan para ser aptos para disfrutar del cielo? Necesitan ser regenerados y nacer de nuevo. No es un pequeño cambio y enmienda externa lo que requieren. No se trata simplemente de poner un freno a las pasiones desenfrenadas y de calmar los afectos rebeldes. Todo esto no es suficiente. La vejez, la falta de oportunidades para la indulgencia, el miedo al hombre, pueden producir todo esto. El tentador sigue siendo un tentador, incluso cuando está encadenado, y la serpiente sigue siendo una serpiente, incluso cuando yace inmóvil y enroscada. El cambio necesario es mucho mayor y más profundo. Cada uno debe tener una nueva naturaleza dentro de él; cada uno debe ser hecho una nueva criatura; la fuente debe ser purificada; la raíz debe ser enderezada; cada uno necesita un nuevo corazón y una nueva voluntad. El cambio que se requiere no es el de la serpiente cuando arroja su piel y sigue siendo un reptil; es el cambio de la oruga cuando muere, y su vida rastrera cesa; pero de su cuerpo surge la mariposa, un nuevo animal, con una nueva naturaleza. Todo esto, y nada menos, es necesario. Pues bien, dice la Homilía de las Buenas Obras: "Están tan muertos para Dios los que carecen de fe como lo están para el mundo los que carecen de alma".

"Dime, en los deberes santos, ¿Rechinas cada palabra que se dice; al punto que piensas que cada convocatoria al culto público es tan desagradable como el sonido de la campana que pasa?; al punto que dices: "¿Cuándo se acabará el día de reposo, y las ordenanzas?" ¿Qué harás en el cielo? ¿Qué hará un corazón tan impío allí, donde el día de reposo será tan largo como la eternidad misma, donde no habrá más que deberes santos, y donde no habrá un minuto libre, ni siquiera para un pensamiento vano, o una palabra ociosa? ¿Qué harás en el cielo, donde todo lo que oigas, veas o converses será santo? Y por mucho, es más perfecta la santidad del cielo que la de los santos en la tierra, por mucho, al grado de ser más fastidiosa e intolerable para los hombres malvados, pues si no pueden soportar la débil luz de una estrella, cómo podrán soportar la deslumbrante luz del sol su" - Obispo Hopkins.

La verdad es que la mayor parte de los que profesan ser cristianos en el mundo no tienen nada de cristianismo, excepto el nombre. La realidad del cristianismo, las gracias, la experiencia, la fe, las esperanzas, la vida, el conflicto, los gustos, el hambre y la sed de justicia, son cosas de las que no saben nada. Necesitan ser convertidos tan verdaderamente como cualquiera de los gentiles a quienes Pablo predicó, necesitan ser convertidos de los ídolos, y renovados en el espíritu de su entendimiento real y literalmente. Así es, una parte principal del mensaje que debe ser entregado continuamente al mayor número de personas en cada congregación sobre la tierra es esta: "Debéis nacer de nuevo". Escribo esto deliberadamente. Sé que sonará terrible y poco caritativo en muchos oídos. Pero le pido a cualquiera que tome el Nuevo Testamento en su mano, y vea lo que dice que es el cristianismo, y lo compare con los caminos de los cristianos profesantes, y luego niegue la verdad de lo que he escrito, si puede.

Y ahora, que todos los que lean estas páginas recuerden este gran principio de la religión bíblica: "No hay salvación sin Regeneración - no hay vida espiritual sin un nuevo nacimiento - no hay cielo sin un nuevo corazón".

No pensemos ni por un momento que el tema de este documento es un mero asunto de controversia - una cuestión vacía para que los hombres eruditos discutan, pero que no nos concierne. Nos concierne profundamente; toca nuestros propios intereses eternos, es una cosa que debemos conocer por nosotros mismos, sentir por nosotros mismos, y experimentar por nosotros mismos, si alguna vez queremos ser salvados. Ningún alma de hombre, mujer o niño, entrará jamás en el cielo sin haber nacido de nuevo.

"Asegúrense de este gran cambio. No es una mera idea lo que os he predicado ahora. Vuestra naturaleza y vuestras vidas deben ser cambiadas, o lo creéis, u os encontraréis en el último día bajo la ira de Dios. Porque Dios no cambiará ni alterará la palabra que ha salido de su boca. Él lo ha dicho: Cristo, que es la verdad y la palabra de Dios, lo ha pronunciado - que sin el nuevo nacimiento, o la regeneración, nadie heredará el reino de Dios" - Obispo Hopkins. 1570.

Y no pensemos ni por un momento que esta Regeneración es un cambio por el que las personas pueden pasar después de muertas, aunque nunca pasaron por él mientras estaban vivas. Tal noción es absurda. Ahora o nunca es el único momento para ser salvado. Ahora, en este mundo de esfuerzo y trabajo, y de obtención de dinero, y de negocios, ahora debemos estar preparados para el cielo, si es que alguna vez vamos a estar preparados. Ahora es el único momento para ser justificado, ahora el único momento para ser santificado, y ahora el único momento para "nacer de nuevo". Tan cierto como la Biblia es, para el hombre que muere sin estas tres cosas, sólo se levantará de nuevo en el último día para perderse para siempre.

Podemos ser salvos, y llegar al cielo, sin muchas cosas que los hombres consideran de gran importancia - sin riquezas, sin aprendizaje, sin libros, sin comodidades mundanas, sin salud, sin casa, sin tierras, sin amigos - pero sin la Regeneración nunca seremos salvos en absoluto. Sin nuestro nacimiento natural, nunca habríamos vivido y nos habríamos movido y leído estas páginas en la tierra: sin un nuevo nacimiento, nunca viviremos y nos moveremos en el cielo. Bendigo a Dios porque los santos en la gloria serán una multitud que nadie puede contar. Me consuelo con el pensamiento de que después de todo habrá "mucha gente" en el cielo. Pero esto sé, y estoy persuadido de ello, por la Palabra de Dios, que de todos los que lleguen al cielo, no habrá un solo individuo que no haya nacido de nuevo.

- I. Permítanme, en tercer lugar, señalar las marcas de ser Regenerado, o nacido de nuevo.

"La regeneración, o el nuevo nacimiento, es de absoluta necesidad para la vida eterna. No hay ningún otro cambio simplemente necesario, sino sólo éste. Si eres pobre, puedes continuar así, y sin embargo ser salvado. Si eres despreciado, puedes continuar así y ser salvado. Si estás impedido, puedes continuar así y ser salvado. Sólo es necesario un cambio. Si eres malvado e impío, y continúas así, Cristo, que tiene las llaves del cielo, que cierra y nadie abre, te ha condenado a que no entres en el reino de Dios" - Obispo Hopkins 1570.

Es una cosa muy importante tener puntos de vista claros y distintos sobre esta parte del tema que estamos considerando. Hemos visto lo que es la regeneración, y por qué es necesaria para la salvación. El siguiente paso es averiguar las señales y evidencias por las que un hombre puede saber si ha nacido de nuevo o no, si su corazón ha sido cambiado por el Espíritu Santo, o si su cambio está por venir.

Ahora, estas señales y evidencias están claramente establecidas para nosotros en las Escrituras. Dios no nos ha dejado en la ignorancia sobre este punto. Él previó cómo algunos se torturarían con dudas y cuestionamientos, y nunca creerían que sus almas estarían bien. Previo cómo otros darían por sentado que eran "regenerados", sin tener derecho a hacerlo. Por lo tanto, nos ha proporcionado misericordiosamente una prueba y un indicador de nuestra condición espiritual, en la Primera Epístola Universal de Juan. Allí ha escrito para que aprendamos lo que el hombre regenerado es, y lo que el hombre regenerado hace: sus caminos, sus hábitos, su manera de vivir, su fe, su experiencia. Todo el que desee poseer la clave para una correcta comprensión de este tema debe estudiar a fondo la Primera Epístola de Juan.

Invito al lector a prestar especial atención a estas marcas y evidencias de la Regeneración, mientras trato de exponerlas en orden. Podría mencionar fácilmente otras evidencias además de las que voy a mencionar. Pero no lo haré. Prefiero limitarme a la Primera Epístola de Juan, debido a la peculiar explicitud de sus declaraciones sobre el hombre que ha nacido de Dios. El que tenga oído, que escuche lo que el Apóstol amado dice sobre las marcas de la Regeneración.

En primer lugar, Juan dice: "aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado"; y de nuevo, "todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado" (1 Juan 3:9, 5:18).

Un hombre regenerado no comete pecado como un hábito. Ya no peca con su corazón y voluntad, y toda su inclinación, como lo hace un hombre no regenerado. Probablemente hubo un tiempo en que no pensaba si sus acciones eran pecaminosas o no, y nunca se sintió afligido después de hacer el mal. No había ninguna disputa entre él y el pecado - eran amigos. Ahora odia el pecado, huye de él, lucha contra él, lo considera su mayor plaga, gime bajo el peso de su presencia, se lamenta

cuando cae bajo su influencia, y anhela ser liberado de él por completo. En una palabra, el pecado ya no le agrada, ni siquiera le resulta indiferente, se ha convertido en la cosa abominable que odia. No puede evitar que habite en él. "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1:8); pero puede decir con beneplácito que lo aborrece, y el gran deseo de su alma es no cometer ningún pecado. No puede evitar que surjan en él malos pensamientos, y que aparezcan defectos, omisiones y faltas, tanto en sus palabras como en sus acciones. Sabe, como dice Santiago, que "todos ofendemos muchas veces" (Santiago 3:2). Pero puede decir con verdad, y como a la vista de Dios, que estas cosas son para él pena y dolor diarios, y que toda su naturaleza no las consiente, como la del hombre no regenerado.

En segundo lugar, Juan dice: "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él" (1 Juan 5:1).

Un hombre regenerado cree que Jesucristo es el único Salvador por el cual su alma puede ser perdonada y justificada, que Él es la Persona Divina designada y ungida por Dios el Padre para este mismo propósito, y que fuera de Él no hay ningún Salvador. En sí mismo, no ve nada más que indignidad, pero en Cristo ve motivos para la más plena confianza, y confiando en Él, cree que todos sus pecados son perdonados, y todas sus iniquidades eliminadas. Cree que por la obra terminada de Cristo y su muerte en la cruz es considerado justo a los ojos de Dios, y puede esperar la muerte y el juicio sin alarmarse. Puede tener sus temores y dudas. Puede que a veces le diga que se siente como si no tuviera ninguna fe. Pero pregúntale si está dispuesto a confiar en cualquier cosa en lugar de Cristo, y mira lo que dirá. Pregúntale si va a descansar sus esperanzas de vida eterna en su propia bondad, en sus propias enmiendas, en sus oraciones, en su ministro, en sus acciones en la iglesia y fuera de ella, ya sea en su totalidad o en parte, y mira lo que responderá. Pregúntale si renunciaría a Cristo y pondría su confianza en cualquier otro camino de salvación. No dudes de que dirá que, aunque se sienta débil y mal, no renunciaría a Cristo por nada del mundo. Puedes estar seguro de que dirá que ha encontrado en Cristo una hermosura, una idoneidad para su propia alma, que no ha encontrado en ningún otro lugar, y que debe aferrarse a Él.

En tercer lugar, Juan dice: "todo el que hace justicia es nacido de él" (1 Juan 2:29).

El hombre regenerado es un hombre santo. Se esfuerza por vivir según la voluntad de Dios, por hacer las cosas que agradan a Dios, por evitar las cosas que Dios odia. Su objetivo y deseo es amar a Dios con el corazón, el alma, la mente y las fuerzas, y amar a su prójimo como a sí mismo. Su deseo es mirar continuamente a Cristo como su ejemplo, así como a su Salvador, y mostrarse amigo de Cristo haciendo todo lo que Cristo manda. Sin duda, no es perfecto. Nadie lo dirá antes

que él mismo. Gime bajo la carga de la corrupción que lo habita y que se adhiere a él. Encuentra un principio maligno dentro de él que lucha constantemente contra la gracia, y trata de alejarlo de Dios. Pero no lo consiente, aunque no puede impedir su presencia. A pesar de todos los defectos, la inclinación y el sesgo de su camino es santo, sus acciones son santas, sus gustos son santos y sus hábitos son santos. A pesar de todos sus giros y desvíos, como un barco que se bate contra un viento contrario, el curso general de su vida va en una dirección, - va hacia Dios y para Dios. Y aunque a veces se sienta tan decaído que se cuestione si es un cristiano, en sus momentos más tranquilos, generalmente podrá decir con el viejo John Newton: "No soy lo que debo ser; no soy lo que quiero ser; no soy lo que espero ser en el otro mundo; pero, aun así, no soy lo que solía ser, y por la gracia de Dios soy lo que soy".

En cuarto lugar, Juan dice: "sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos" (1 Juan 3:14).

Un hombre regenerado tiene un amor especial por todos los discípulos de Cristo en su tiempo. Como su Padre en el cielo, ama a todos los hombres con un gran amor general, pero tiene un amor especial por los que son de un mismo sentir. Como su Señor y Salvador, ama a los peores pecadores, y podría llorar por ellos; pero tiene un amor peculiar por los que son creyentes. Nunca se siente tan a gusto como cuando está en su compañía; nunca es tan feliz como cuando está entre los santos y los excelentes de la tierra. Otros pueden valorar el aprendizaje, o la inteligencia, o la simpatía, o las riquezas, o el rango, en la sociedad que eligen. El hombre regenerado valora la gracia. Aquellos que tienen más gracia, y son más como Cristo, son los que más ama. Siente que son miembros de la misma familia que él, sus hermanos, sus hermanas, hijos del mismo Padre. Siente que son compañeros de armas, que luchan bajo el mismo capitán, que guerrearán contra el mismo enemigo. Siente que son sus compañeros de viaje, que recorren el mismo camino, que son probados por las mismas dificultades y que pronto descansarán con él en el mismo hogar eterno. Él los entiende, y ellos lo entienden a él, hay una especie de comprensión espiritual entre ellos. Él y ellos pueden ser muy diferentes en muchos aspectos, en rango, en posición, en riqueza. ¿Qué importa? Son el pueblo de Jesucristo, son los hijos e hijas de su Padre. Entonces no puede evitar amarlos.

"Que nadie concluya que no tiene gracia porque tiene muchas imperfecciones en su obediencia. Tu gracia puede ser muy débil e imperfecta y, sin embargo, puedes nacer de nuevo para Dios, y ser un auténtico hijo y heredero del cielo" - Obispo Hopkins. 1570.

En quinto lugar, Juan dice: "todo lo que es nacido de Dios vence al mundo" (1 Juan 5:4). Un hombre regenerado no hace de la opinión del mundo su opinión de lo bueno y lo malo. No le importa ir contra la corriente de los caminos, nociones y costumbres del mundo. "¿Qué dirán los hombres?" esto ya no es un punto de

inflexión para él. - Él supera el amor por el mundo. No encuentra placer en las cosas que la mayoría de los que le rodean llaman felicidad. No puede gozar de sus goces, - le cansan, - le parecen vanas, inútiles e indignas de un ser inmortal. - Supera el miedo al mundo. Se contenta con hacer muchas cosas que todos a su alrededor consideran innecesarias, por no decir otra cosa. Le reprochan, - no es conmovido. Le ridiculizan, - no cede. Ama más la alabanza de Dios que la del hombre. Teme ofenderle a Él más que ofender a los hombres. Ha calculado el costo. Ha tomado su posición. Ahora le importa poco si lo culpan o lo alaban. Su mirada está puesta en Aquel que es invisible. Está decidido a seguirlo dondequiera que vaya. En este seguimiento puede ser necesario salir del mundo y separarse. El hombre regenerado no rehuiría hacerlo. Dígame que es diferente a las demás personas, que sus puntos de vista no son los de la sociedad en general, y que se está haciendo singular y peculiar. No lo sacudirá. Ya no es el siervo de la moda y la costumbre. Complacer al mundo es una consideración bastante secundaria para él. Su primer objetivo es agradar a Dios.

En sexto lugar, Juan dice: "pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda" (1 Juan 5:18).

Un hombre regenerado es muy cuidadoso de su propia alma. Se esfuerza no sólo por mantenerse alejado del pecado, sino también de todo lo que puede conducir a él. Tiene cuidado con la compañía que frecuenta. Siente que las malas conversaciones corrompen el corazón, y que el mal es mucho más contagioso que el bien, así como la enfermedad es más infecciosa que la salud. Tiene cuidado con el empleo de su tiempo, su principal deseo es emplearlo con provecho. Tiene cuidado con los libros que lee, teme que su mente se envenene con escritos maliciosos. Tiene cuidado con las amistades que hace, no le basta con que las personas sean amables, simpáticas y de buen carácter; todo esto está muy bien, pero ¿le harán bien a su alma? Se preocupa de sus hábitos y de su comportamiento diario, trata de recordar que su propio corazón es engañoso, que el mundo está lleno de maldad, que el diablo siempre está trabajando para hacerle daño, y por lo tanto le gustaría estar siempre en guardia. Desea vivir como un soldado en el país del enemigo, llevar continuamente su armadura y estar preparado para la tentación. Descubre por experiencia que su alma está siempre entre enemigos, y estudia para ser un hombre vigilante, humilde y orante.

Tales son las seis grandes marcas de la Regeneración que Dios ha dado para nuestro aprendizaje. Que todos los que han llegado hasta aquí conmigo, las lean con atención y las pongan en práctica. Creo que fueron escritas con el fin de resolver la gran cuestión del día de hoy, y con la intención de evitar disputas. Una vez más, pues, pido al lector que las haga y las considere.

Sé que hay una gran diferencia en la profundidad y distinción de estas marcas entre los que son "regenerados". En algunas personas son tenues, débiles y apenas

discernibles. Casi se necesita un microscopio para distinguirlas. En otros son audaces, nítidas, claras, indistintas e inconfundibles, de modo que quien está en la carrera puede leerlas. Algunas de estas marcas son más visibles en algunas personas, y otras son más visibles en otras. Rara vez ocurre que todas se manifiesten por igual en una misma alma. Estoy dispuesto a admitir todo esto.

Pero aún así, después de cualquier concesión, aquí encontramos pintadas audazmente las seis marcas de haber nacido de Dios. Aquí hay ciertas cosas positivas establecidas por Juan como partes del carácter del hombre regenerado, tan clara y distintamente como los rasgos de la cara de un hombre. Aquí está un apóstol inspirado escribiendo una de las últimas epístolas universales a la Iglesia de Cristo, diciéndonos que un hombre nacido de Dios no comete pecado, - cree que Jesús es el Cristo, - hace justicia, - ama a los hermanos, - vence al mundo, y se guarda. Y más de una vez en la misma epístola, cuando se mencionan estas marcas, el Apóstol nos dice que quien no tiene esta o aquella marca "no es de Dios." Pido al lector que observe todo esto.

Ahora, ¿qué diremos a estas cosas? Lo que podemos decir a quienes sostienen que la regeneración es sólo una admisión a los privilegios externos de la Iglesia, es que estoy seguro de que no lo sé. Por mi parte, digo audazmente, sólo puedo llegar a una conclusión. Esa conclusión es que sólo son "regeneradas" aquellas personas que tienen estas seis marcas, y que todos los hombres y mujeres que no tienen estas marcas no son "regenerados", no han nacido de nuevo. Y creo firmemente que esta es la conclusión a la que el Apóstol quería que llegáramos.

Recomiendo lo que he estado diciendo a la seria consideración de todos mis lectores. Creo que no he dicho más que la verdad de Dios. Vivimos en un día de grandes tinieblas en el tema de la regeneración. Miles de personas están oscureciendo el consejo de Dios al confundir el bautismo y la regeneración. Tengamos cuidado con esto. Mantengamos los dos temas separados en nuestra mente. Obtengamos primero una visión clara sobre la Regeneración, y entonces no hay probabilidad de que caigamos en errores sobre el bautismo. Y cuando hayamos obtenido puntos de vista claros, mantengámoslos firmes, y nunca los dejemos ir.